

—Lo siento, pero no —le dije—. No me suena este personaje suyo R2D2.

—W1n5t0n —dijo, deletreándolo otra vez. Me lanzó una mirada furiosa con la esperanza de reducirme.

Claro que ése era mi alias, y lo había sido durante años. Era la identidad que usaba para dejar mensajes en los foros donde publicaba mis contribuciones a la investigación en el campo de la seguridad aplicada. Ya sabes: cómo escaparte del instituto y desactivar el rastreador del teléfono. Pero él no sabía que ése era mi alias. Sólo lo sabían algunos pocos, y confiaba en ellos tanto como para seguirlos hasta el fin del mundo.

—Mmm, no me suena para nada —le contesté.

Había hecho algunas cosas bastante chulas en la escuela con ese alias, estaba especialmente orgulloso de mi trabajo neutralizando *tags* de espionaje, pero si lograba vincular ambas identidades me traería problemas. Nadie en el instituto me llamaba w1n5t0n o ni siquiera Winston. Tampoco mis amigos. Era Marcus o nada.

Benson se acomodó detrás de su escritorio y golpeó su anillo de graduación en su carpeta de sobremesa. Lo hacía cada vez que las cosas se le ponían feas. Los jugadores de póquer lo llaman un *tell* (algo que te indica lo que está ocurriendo en el cerebro del otro). Conocía los de Benson de memoria

—Marcus, espero que te des cuenta de lo serio que es esto.

—Lo haré en cuanto me explique de qué se trata, señor. —Siempre llamo «señor» a las figuras de autoridad cuando les tomo el pelo. Es mi propio *tell*.

Agitó la cabeza y miró hacia abajo, otro *tell*. En cualquier momento se iba a poner a gritar.

—¡Escucha, chaval! Es hora de que aceptes el hecho de que sabemos lo que has estado haciendo y que no vamos a ser indulgentes al respecto. Con suerte no te expulsaremos antes de que termine esta reunión. ¿Quieres graduarte?

—Señor Benson, aún no me ha explicado cuál es el problema.

Dio un golpe en su escritorio y luego me apuntó con un dedo.

—El problema, señor Yallow, es que ha estado implicado en una

conspiración criminal para subvertir el sistema de seguridad de este instituto y que ha facilitado contramedidas a sus compañeros. Estará al corriente de que hemos expulsado a Graciela Uriarte la semana pasada por usar uno de sus dispositivos.

A Uriarte le cayó una buena. Se había comprado un generador de interferencias radial en una tienda de porreros cerca de la estación del BART, el metro de San Francisco, de la calle Dieciséis con el que había desactivado las contramedidas en el vestíbulo de la escuela. No fue cosa mía, pero lo sentí por ella.

—¿Y usted piensa que yo tuve algo que ver con eso?

—Tenemos información fiable que nos indica que eres «w1n5t0n» —nuevamente lo volvió a deletrear y comencé a preguntarme si no se había percatado que el 1 era una I y el 5 una S—. Sabemos que este personaje w1n5t0n es responsable del robo de los exámenes del año pasado.

La verdad es que no había sido yo, pero había sido una pasada y era casi adulator que me lo atribuyera a mí.

—Y por lo tanto, si no cooperas conmigo, puedes pasar varios años en la cárcel.

—¿Tienen información fiable? Me gustaría verla.

Me miró con el ceño fruncido.

—Tu actitud no te va a ayudar.

—Si existe una prueba, señor, creo que debería llamar a la policía y que ellos se encarguen. Parece que es un tema muy serio, y no me gustaría entorpecer una investigación debidamente constituida por las autoridades.

—Quieres que llame a la policía.

—Y a mis padres también. Creo que sería lo mejor.

Nos miramos mutuamente, cada uno a un lado del escritorio. Era evidente que esperaba que me doblegara en el segundo en el que me lanzó la bomba. Pero yo no me doblego. Tengo un truco para mirar de manera despectiva a la gente como Benson. Miro ligeramente hacia la izquierda de sus cabezas y pienso en las letras de canciones irlandesas antiguas, de esas que tienen como trescientos versos. Me hace parecer muy sereno y relajado.

Y el ala estaba en el pájaro, y el pájaro estaba en el huevo, y el huevo estaba en el nido, y el nido estaba en la hoja, y la hoja estaba en el tallo, y el tallo estaba en la rama, y la rama estaba en el tronco, y el tronco estaba en el árbol, y el árbol estaba en la ciénaga, y la ciénaga estaba en el valle...

—Puedes volver a clase —dijo—. Te llamaré en cuanto la policía quiera hablar contigo.

—¿Los va a llamar ahora?

—El procedimiento para llamar a la policía es complicado. Esperaba que pudiéramos resolver esto de manera justa y rápida, pero ya que insistes tanto...

—Puedo esperar mientras llama —le dije—. No me importa.

Volvió a golpear su anillo y yo me preparé para la explosión.

—¡Vete! —me gritó—. ¡Sal de mi despacho de una vez, pequeño sinver...!

Me levanté manteniendo una expresión neutral. No iba a llamar a la poli. Si hubiese tenido bastantes pruebas como para llevarlas a la policía, los habría llamado desde un principio. Me odiaba profundamente. Imaginé que había escuchado algún rumor no verificado y esperaba asustarme y que se lo confirmara.

Avancé por el pasillo ágil y ligero, manteniendo el paso uniforme para las cámaras de reconocimiento de pasos. Las habían instalado el año anterior y a mí me encantaban por lo estúpidas que eran. Antes habíamos tenido cámaras de reconocimiento facial en casi todos los lugares públicos del instituto, pero un jurado lo declaró inconstitucional. Por ese motivo Benson y una serie de administradores paranoicos del instituto se gastaron los dólares de nuestros libros de texto en esas cámaras idiotas que supuestamente diferenciaban la manera de andar entre una persona y otra. Como para creérselo.

Volví al aula y me senté otra vez. La señora Gálvez me recibió afectuosamente. Saqué el portátil de la escuela, y fingí un comportamiento adecuado en clase. Se llamaban SchoolBooks y tenían la tecnología más soplona que existe: registraban cada pulsación de tecla y vigilaban el tráfico de la Red para detectar teclados sospechosos, contando cada clic, grabando cada pensamiento fugaz que subías. Nos los trajeron en mi primer año y en solo un par de meses perdieron su encanto. Una

vez que la gente se dio cuenta que esos portátiles «gratis» no sólo bajaban para el enemigo sino que cada vez que se encendían mostraban un interminable desfile de anuncios odiosos, se convirtieron en un lastre agobiante.

Crackear mi SchoolBook fue fácil. El parche estaba en Internet un mes después de que saliera la máquina y no era nada difícil. Sólo había que bajar una imagen de DVD, copiarla, pegarla en el SchoolBook y arrancar la máquina mientras pulsabas distintas teclas a la vez. El DVD hacía el resto, instalaba un montón de programas prohibidos que se mantenían escondidos incluso cuando el consejo escolar hacía sus revisiones diariamente por control remoto. De vez en cuando tenía que actualizar el *software* para que pasara los últimos exámenes del consejo, pero era un pequeño precio que tenía que pagar a cambio de tener la caja controlada.

Activé el IMParanoid, el programa de mensajería secreta instantánea que usaba cuando quería tener una conversación extraoficial en mitad de la clase. Darryl ya estaba conectado.

> ¡El juego está en marcha! Está pasando algo alucinante en el Harajuku Fun Madness, chaval. ¿Te vienes?

> No. Ni loco. Si me cogen otra vez, me expulsan. Tío, si ya lo sabes. Iremos después de clase.

> Tienes la hora de comer y luego sala de estudios, ¿no? Eso son dos horas. Tienes tiempo de sobra para resolver la pista y volver antes de que se den cuenta. Ya tengo el equipo al completo.

Harajuku Fun Madness es el mejor juego que se haya hecho jamás. Ya sé que lo he dicho, pero debo repetirme. Es un JRA, un juego de realidad alternativa, y la historia va de una banda de adolescentes japoneses modernillos que descubren una piedra curativa milagrosa en el templo de Harajuku, que es básicamente donde los adolescentes japoneses más punteros han inventado las más grandes subculturas en los últimos diez años. Los persiguen unos monjes perversos, la Yakuza (alias de la mafia japonesa), alienígenas, inspectores de hacienda, padres y una inteligencia artificial muy perspicaz. Les pasan a los jugadores mensajes que tenemos que descodificar y usarlos para rastrear pistas que llevan a más mensajes codificados y más pistas.

Imagínate la tarde que mejor lo hayas pasado vagabundeando por las calles de una ciudad, observando a todos los raritos y los locos de la calle, mirando panfletos curiosos y los escaparates de las tiendas más chulas. A eso le añades una caza de carroñeros de esas que requieren investigar en películas, canciones antiguas y cultura adolescente mundial a través del tiempo y el espacio. Además, es una competición, y el premio para el equipo ganador es una estancia de diez días en Tokio, para que los cuatro participantes se relajen en el puente Harajuku, disfruten de la electrónica en Akihabara y se lleven a casa todos los productos de Astro Boy que puedan. La diferencia es que en Japón se llama «Atom Boy».

Esto es Harajuku Fun Madness, y una vez que hayas resuelto uno o dos puzzles, nunca vuelves atrás.

> **Que no, tío. NO. Ni me lo pidas.**

> **Te necesito, D. Eres el mejor jugador que tengo. Prometo hacer que entremos y salgamos sin que nadie se dé cuenta. ¿Sabes que puedo hacerlo, verdad?**

> **Sí, sé que puedes.**

> **Entonces, ¿te apuntas?**

> **Que no, maldita sea.**

> **Venga, Darryl. No te irás a tu lecho de muerte deseando haber pasado más tiempo en la sala de estudios de este instituto.**

> **Tampoco me voy a ir a mi lecho de muerte deseando haber pasado más tiempo jugando a un JRA.**

> **Ya, pero ¿no crees que al llegar a tu lecho de muerte desearás haber pasado más tiempo con Vanessa Pak?**

Van era parte de mi equipo. Iba a un colegio privado de chicas en East Bay, pero sabía que haría todo lo posible para compartir la misión conmigo. A Darryl le gustaba Vanessa desde hacía años, literalmente, incluso antes de que la pubertad la dotara de ciertos dones generosos. Darryl se había enamorado de su mente. Una pena, la verdad.

> **Eres de lo peor.**

> **¿Te vienes?**

Me miró y sacudió la cabeza. Luego asintió. Le guiñé un ojo y me puse a trabajar para contactar al resto de mi equipo.

No es que me hayan molado siempre los JRA. Tengo un oscuro secreto: solían gustarme los juegos Live Action Rol Playing, LARP. Se trata de los juegos de rol en vivo, que son exactamente como lo que suenan: vas por ahí disfrazado y pones un acento raro haciéndote pasar por un superespía, un vampiro o un caballero medieval. Es como jugar a Capturar la Bandera disfrazado de monstruo, y con un poco de la dinámica de un taller de teatro. Los mejores eran los que jugábamos en campamentos de los Scouts en Sonoma, o en la península. Eran epopeyas de tres días que podían volverse bastante agotadoras. Hacíamos excursiones que duraban todo el día, y luego luchábamos en batallas épicas con espadas de goma espuma y bambú, lanzando bolsitas rellenas de semillas a modo de hechizo, al grito de «¡Bola de fuego!» y demás. Hacíamos el tonto, pero era divertido. Al menos era menos friki que reunirte alrededor de una mesa repleta de latas de Coca Diet y miniaturas pintadas, para contarles al resto lo que planeaba hacer tu elfo; y más activo físicamente que quedarte en casa y entrar en un coma inducido por el ratón frente a un juego masivo con muchos jugadores.

Lo que me metió en más líos fueron los minijuegos en los hoteles. Cada vez que había una convención de ciencia ficción en la ciudad, algún fan de los LARP convencía a los organizadores para que nos dejaran jugar un par de juegos cortos de seis horas en el lugar donde se celebraba. Lo cierto es que le daba una nota de color al evento tener unos chavales disfrazados corriendo por ahí, y nosotros lo pasábamos bomba entre gente aún más socialmente desviada que nosotros.

El problema con los hoteles es que acogen también a un montón de no jugadores, y no sólo gente a la que le gusta la ciencia ficción. Personas normales que vienen de estados que comienzan y terminan con vocales. Gente de vacaciones.

Y a veces algunos no llegan a entender la naturaleza de los juegos. Lo dejaremos ahí, ¿vale?

La clase terminaba en diez minutos, lo cual no me dejaba mucho tiempo para prepararme. Primero que nada tenía que lidiar con el

fastidio de esas cámaras de reconocimiento del andar. Como he dicho, comenzaron como cámaras de reconocimiento facial, pero fueron declaradas anticonstitucionales. Por lo que sé, ningún juez ha determinado aún si éstas son más legales, pero hasta que alguno lo haga tendremos que aguantarlas.

El «reconocimiento de pasos» es una forma rebuscada de definir la manera como uno camina. La gente tiene gran facilidad para diferenciar una forma de caminar de otra. La próxima vez que vayas de *camping*, fíjate en el movimiento de la linterna cuando se te acerca un amigo. Lo más seguro es que puedas identificarlo tan sólo por el vaivén de la luz, ya que la manera característica en que se bambolea comunica a nuestro cerebro de mono que tal persona se nos acerca.

El *software* de reconocimiento de pasos saca fotos de tus movimientos, intenta agruparlos en patrones y luego los introduce en una base de datos y verifica si te reconoce. Es un identificador biométrico, como las huellas dactilares o el escaneo de retina, pero presenta muchas más «colisiones» que cualquiera de ellos. Una «colisión» biométrica ocurre cuando una medida coincide con más de una persona. Tu huella dactilar es única, pero tu andar coincide con el de mucha otra gente.

No exactamente, claro está. Tu manera de caminar, centímetro a centímetro, es tuya y sólo tuya. El problema es que cambia según lo cansado que estés, el suelo que pisas, si te torciste el tobillo jugando al baloncesto y si has cambiado de zapatos últimamente. Entonces el sistema hace un bosquejo de tu perfil, buscando a gente que camina de forma parecida a ti.

Muchas personas tienen una manera de caminar similar a la tuya. Es más, es muy fácil no caminar como lo haces normalmente, basta con que te quites un zapato. Por supuesto, en ese caso siempre caminarás igual a ti mismo sin un zapato, por lo que las cámaras finalmente se enterarán de que sigues siendo tú. Y es por eso por lo que prefiero inyectar un poco de imaginación a mis ataques a la cámara de reconocimiento: pongo un puñado de gravilla en cada zapato. Es barato y efectivo, y nunca hay dos pasos iguales. Además, te das un masaje de reflexología en el proceso. (Estoy bromeando. La reflexología es tan científicamente útil como el reconocimiento de pasos.)

Las cámaras solían activar una alerta cada vez que alguien que no reconocían entraba en el campus.

Esto no funcionaba.

La alarma sonaba cada diez minutos. Cuando venía el cartero. Cuando un padre pasaba por la escuela. Cuando los de mantenimiento tenían que arreglar la cancha de baloncesto. Cuando un estudiante aparecía con zapatos nuevos.

Por eso ahora sólo pretenden tener un registro de quién está dónde y cuándo. Si alguien se dirige a la salida del recinto escolar durante las clases, estudia su andar para ver si más o menos coincide con el de cualquier estudiante, y si lo hace, ¡uuuuuh-uuuuuh-uuuuuh, suena la alarma!

El César Chávez está rodeado de senderos de gravilla. A mí me gusta llevar un puñado en mi bolsa, por si acaso. Le pasé a Darryl en silencio diez o quince de esas cabroncillas puntiagudas y nos llenamos los zapatos.

La clase estaba a punto de terminar y me di cuenta de que aún no había mirado el sitio de Harajuku Fun Madness para ver dónde estaba la próxima pista. Había estado demasiado concentrado en la fuga y no me había molestado en averiguar adónde nos estábamos fugando.

Me volví hacia mi SchoolBook y me puse a teclear. El navegador que usamos venía con la máquina. Era una versión *spyware* bloqueada de Internet Explorer, la porquería de Microsoft que bloquea ordenadores que nadie con menos de cuarenta años usaba voluntariamente.

Tenía una copia de Firefox en la llave USB integrada en mi reloj, pero no bastaba. El SchoolBook llevaba Windows Vista4Schools, un sistema operativo antiguo diseñado para dar a los administradores de la escuela la ilusión de que podían controlar los programas que usaban sus estudiantes.

Pero Vista4Schools es su propio enemigo. No te permite cerrar muchos programas, como registradores de digitación, *software* de censura y los que funcionan de un modo especial que los hace invisible al sistema. No los puedes cerrar porque ni siquiera sabes que están ahí.

Cualquier programa cuyo nombre empiece con \$SYS\$ es invis-

ble para el sistema operativo. No aparece en los directorios del disco duro, ni en el monitor de procesos. Mi copia de Firefox se llamaba \$SYS\$Firefox y al abrirla se hacía invisible para Windows, y también para el *software* espía de la Red.

Ahora que tenía un explorador alternativo en funcionamiento, me hacía falta una conexión independiente a la Red. La red de la escuela detectaba cada clic de entrada o salida del sistema, lo cual no es una buena cosa si estás planeando conectarte al sitio de Harajuku Fun Madness en busca de esparcimiento extracurricular.

La respuesta es algo ingenioso llamado TOR, The Onion Router. Un *router* cebolla es un sitio de Internet que recibe pedidos para páginas web y los transfiere hacia otros *routers* cebolla, y luego a otros, hasta que uno de ellos, finalmente, decide retener el sitio y enviarlo de vuelta, atravesando todas las capas de la cebolla hasta que te llega a ti. El tráfico de los *routers* cebolla está encriptado, lo que significa que el instituto no puede ver lo que estás solicitando y las capas de la cebolla no saben para quién trabajan. Hay millones de nodos. El programa fue creado por la Oficina de Investigación Naval de Estados Unidos para ayudar a su gente a eludir el *software* de censura de países como Siria y China, lo cual implica que está perfectamente diseñado para operar en los confines de un instituto norteamericano medio.

El TOR funciona porque la escuela tiene una lista negra finita de páginas golfas que no nos permiten visitar, pero las direcciones de los nodos varían constantemente y no hay manera de hacer un seguimiento de todas ellas. El Firefox y el TOR juntos me convirtieron en el hombre invisible, impermeable al espionaje del consejo escolar, libre para entrar en el HarajukuFM y ver qué pasaba por ahí.

Allí estaba: una nueva pista. Como todas las pistas de Harajuku Fun Madness, tenía un componente físico, uno en línea y otro mental. El componente en línea era un acertijo que tenías que resolver y que requería de una investigación para encontrar las respuestas a un montón de preguntas extrañas. Esta tanda incluía un grupo de preguntas sobre tramas de *dojinshi*, los libros de historietas dibujados por fans del manga, el cómic japonés. Pueden ser tan grandes como las historietas oficiales que los inspiran, pero son mucho más raros, con historias en-

trecruzadas y, a veces, canciones y acciones verdaderamente tontas. Muchas historias de amor, por supuesto. A todo el mundo le encanta ver a sus personajes favoritos enamorados.

Tendría que solucionar esos enigmas más tarde, cuando llegara a casa. Serían más fáciles de resolver junto con el equipo al completo, bajándonos un montón de archivos de *dojinshi* y leyéndolos detenidamente para encontrar las respuestas a los acertijos.

Acababa de terminar de recortar todas las pistas cuando sonó el timbre y comenzamos nuestra fuga. Introduje gravilla subrepticamente en el interior de mis botines, unos Blundstones de Australia, fantásticos para correr y escalar, con un diseño sin cordones que te permite ponértelos y sacártelos muy fácilmente, lo que los hace muy prácticos para pasar por los detectores de metales que hoy en día están en todas partes.

También teníamos que evadir la vigilancia física, por supuesto, pero se había vuelto mucho más fácil hacerlo, ya que, con tanto dispositivo de seguridad y tanta alarma, nuestro querido cuerpo docente vivía arrullado por una sensación de seguridad totalmente falsa. Navegamos entre la multitud por los pasillos, rumbo a mi salida lateral preferida. Íbamos por la mitad del recorrido cuando Darryl susurró:

—¡Mierda! Se me ha olvidado que llevo un libro de la biblioteca en mi bolsa.

—Estás de broma —le dije mientras lo empujaba hacia el siguiente lavabo que pasamos. Los libros de la biblioteca son lo peor que te puede pasar. Todos ellos tienen un RFID (un chip identificador de radiofrecuencia) pegado en la cubierta, lo que hace posible que los bibliotecarios registren la salida de los libros, pasándolos por un lector, y que los estantes de la biblioteca notifiquen si algún libro está fuera de su sitio.

Pero también permite al instituto seguir cada uno de tus pasos en cada momento. Era otro de esos agujeros legales: la ley no permitía rastrear a los estudiantes con dispositivos RFID, pero sí perseguir a los libros de la biblioteca, y usar los registros escolares para informar quién podía estar llevando tal o cual libro.

En mi mochila llevaba un monedero Faraday, que son unas peque-

ñas carteras forradas con una malla de alambre de cobre que bloquea eficazmente la radiofrecuencia y silencia los RFID. Pero los Faraday estaban pensados para neutralizar los transeptores de los documentos de identidad y los peajes, no para los libros como...

—*¿Introducción a la física?*—gruñí. El libro era tan grande como un diccionario.